

ABRIL ROJO O EL RETORNO DE ANTIGUAS DUALIDADES

Manuel Prendes Guardiola*

Universidad de Piura
manuel.prendes@udep.edu.pe

Fecha de recepción: agosto de 2022

Fecha de aceptación: diciembre de 2022

Resumen: Con el presente artículo se busca identificar en la novela *Abril rojo* (2006) de Santiago Roncagliolo la permanencia de esquemas de interpretación de la realidad peruana procedentes de la época de formación de las repúblicas hispanoamericanas y representadas por el lema de “civilización y barbarie”. Se considera, sin embargo, que el escepticismo posmoderno propio del siglo XXI impide al mismo tiempo reconocer algún tipo de valor positivo en la modernidad. Asimismo, reconoce esa dualidad conflictiva en el imaginario de los espacios de la provincia rural andina y del remoto foco de poder que es Lima. Dicha

* **Manuel Prendes Guardiola** es profesor de Lengua y Literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Piura. Es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Oviedo (España) y doctor en Filología Hispánica, con Premio Extraordinario, por la Universidad de La Rioja (España). Entre sus publicaciones, destacan los libros *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo* (Cátedra, 2003) y *La novela naturalista de Federico Gamboa* (Universidad de La Rioja, 2002), la edición digital de la biblioteca de autor de Eugenio Cambaceres (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes); la coedición de *Las Cortes y la crisis: ensayos en torno a la constitución de Cádiz y su dimensión americana* (Universidad de Piura, 2013) y *Doscientos años de artes, letras y vida cotidiana en el norte del Perú* (Universidad de Piura, 2018), además de diversos artículos sobre temas como la obra de Gonzalo Torrente Ballester, la novela peruana del conflicto armado interno, la novela de la Revolución mexicana, la novela naturalista y regionalista hispanoamericana, la crónica de Indias y el teatro colonial.



dualidad conflictiva también se hallaría presente en las relaciones que se establecen entre los personajes, representantes de diferentes formas de ese poder (religioso, civil y principalmente militar) o bien víctimas de este (indígenas y mujeres). Presenta, en este sentido, al detective protagonista de la novela, el fiscal Chacaltana, como personaje mediador y al mismo tiempo dividido entre las fuerzas enfrentadas de un conflicto esencial en la configuración de la cultura peruana.

Palabras clave: Sendero Luminoso, terrorismo, literatura peruana, policial, Santiago Roncagliolo, modernidad, *Abril rojo*.

ABRIL ROJO OR THE RETURN OF ANCIENT DUALITIES

Abstract: This paper seeks to identify in the novel *Abril rojo* (2006), by Santiago Roncagliolo, the permanence of interpretive patterns about the Peruvian reality from the time of the formation of the Hispano-American republics, and represented by the motto of “civilization and barbarism”. It considers, however, that the postmodern skepticism characteristic of the 21st century prevents from recognizing any kind of positive values in modernity. Also recognizes this conflictive duality in the imagery of the spaces of the Andean rural province and of a remote Lima as the focus of power. This conflictive duality would also be present in the tense relationships that are established between the characters, representatives of different forms of that power (religious, civil and mainly military) or victims of it (natives and women). In this sense, the article presents the detective protagonist of the novel, the attorney Chacaltana, as a mediating character and at the same time torn between the opposing forces of an essential conflict in the configuration of Peruvian culture.

Keywords: Sendero Luminoso, Terrorism, Peruvian Literature, Police Literature, Santiago Roncagliolo, Modernity, *Abril rojo*.

1. Entre el *thriller* y la historia

El premio Alfaguara de 2006 dio resonancia internacional a la novela *Abril rojo*, *thriller* ambientado en las secuelas de la violenta lucha del Estado peruano contra la organización guerrillera marxista Sendero Luminoso. Las principales alabanzas de la crítica a la obra de Santiago Roncagliolo incidieron en su estilo y su diestro manejo de la intriga;

para lo que fue muy comentada su eficaz aplicación de los patrones hollywoodenses, aunque no faltó quien los considerara clichés en exceso manidos (Thays, 2019; Vich, 2009, p. 248). Sin embargo, el aspecto social e ideológico también tuvo su lugar en la apreciación crítica de *Abril rojo*: Faverón Patriau (2007, p. 73), por ejemplo, la apreció como texto que independizaba decisivamente la literatura sobre el conflicto armado peruano de las propuestas políticas y el partidismo, en contraste con otros críticos que lamentaron la forma en que el universo andino y la realidad histórica se veían materializados en esta novela. Vich (2009, pp. 252-253) objeta, por ejemplo, la reproducción de “clichés decimonónicos” sobre el Perú, visto como un espacio habitado por dos culturas diferentes e inmutables. En un ensayo recogido en el mismo libro, Ubilluz observa esa misma tendencia como una característica general de la escritura peruana sobre la violencia política, tanto entre autores “andinos” como “criollos”: el “recurrir a un imaginario histórico para eludir el abordaje de los antagonismos reales que dieron lugar a la guerra interna de las décadas de los ochenta y los noventa” y, por tanto, “convertir el conflicto entre Sendero Luminoso y el Estado en el viejo conflicto entre la modernidad criolla y la tradición andina” (2009, pp. 19-20).

Tanto Vich como Ubilluz defienden que el mundo andino no ha permanecido ajeno a los cambios de la modernidad, y por ello acusan a buena parte de los narradores de “esencializar” el enfrentamiento armado de los años 80 al considerarlo no como un episodio de violencia política y social, análogo a tantos de los que sacudieron el mundo a lo largo de la conflictiva segunda mitad del siglo XX, sino como una especie de retorno o repetición de las diferentes guerras y revoluciones de los últimos cinco siglos de la historia andina. Muestra de ello es la confesión, en un momento de la novela, del desalentado comandante Carrión:

Nunca los detendremos. Volverán una y otra vez ... Ayacucho es un lugar extraño. Aquí estaba la cultura Wari, y luego los chancas, que nunca se dejaron sojuzgar con los incas. Y luego las rebeliones indígenas, porque Ayacucho era el punto medio entre Cuzco, la capital inca, y Lima, la capital de los españoles. Y la independencia en Quinua. Y Sendero. Este lugar está condenado a bañarse en sangre y fuego para siempre... (p. 245)

Por su parte, asumiendo una perspectiva “andinista” y de rechazo a los paradigmas de la modernidad occidental, Quiroz (2009, p. 1) descalifica *Abril rojo*, al clasificarla,

dentro del corpus de las novelas peruanas sobre el conflicto armado, entre el grupo de narraciones donde “se deslegitima o se exotiza cualquier tipo de saber o discurso producido por el Otro dominado”, esto es, el sujeto indígena teóricamente no permeado por la cultura occidental. El propósito de esta exotización no sería otro que el de “construir o potenciar ciertas imágenes que (por desconocimiento, incapacidad, incompreensión u otros motivos e intereses) contribuyen a la deslegitimación del otro y a perpetuar las redes de dominio político” (p. 1). El beneficio de la duda no hace menos recurrente en la crítica de Quiroz la sugerencia de intereses políticos y económicos que sostienen la escritura y difusión de este tipo de novelas. Las cuales, en una segunda característica de “agresividad” contra la cultura andina, poseerían

... un carácter distópico, que puede ir desde una desconfianza o desesperanza frente al futuro por la aguda crisis del presente (aspecto que los entronca con uno de los flujos de la denominada posmodernidad), hasta un virulento discurso contra-utópico por medio del cual se intenta reestructurar o reinstalar los viejos sistemas de dominio a fin de mantener las jerarquías socioculturales. (p. 1)

Una tercera característica consignada por Quiroz sería la de “la apelación a distintos códigos de la cultura de masas como el relato policial ..., los lugares comunes del cine de acción hollywoodense ... y el empleo de imágenes de la otredad fácilmente admisibles para un lector/consumidor occidentalizado” (p. 1n.): los dos primeros ejemplos serían claramente aplicables al texto de Roncagliolo, mientras que el tercero nos religa con esa presunta debilidad de *Abril rojo* en cuanto a la apropiación, respondiendo a unos tópicos de exotismo, de una determinada realidad antropológica.

Estas críticas a propósito de la apreciación del mundo andino nos pueden traer reminiscencias de una de las interpretaciones de América más antiguas y prolongadas en el tiempo como la surgida en el siglo XIX del conflicto entre “civilización” y “barbarie”. Es decir, el incesante enfrentamiento entre el avance de una cultura *moderna* cuyas señas de identidad serían las del progreso científico-técnico y político (identificados respectivamente con el capitalismo y la democracia liberal) y un orden antiguo caracterizado por el subdesarrollo material, la sumisión a estructuras organizativas verticales y el grave condicionamiento que sobre el hombre ejercería el medio natural.

Nos anima a analizar *Abril rojo* desde esta óptica de la dicotomía civilización/barbarie el uso de expresiones como las que emplea Vich (2009), para quien “la novela ofrece una imagen *decimonónica* del país como habitado por dos culturas diferentes que tienen poco contacto y mucho desconocimiento entre sí” (p. 252; la cursiva es mía), o el propio recurso de Quiroz a la crítica postcolonialista para analizar textos que en muchos casos mantienen unos paradigmas *coloniales* mucho más antiguos pero que, sobre todo a partir del siglo XIX, trataron de dotarse de un contenido *científico*. El ya aludido recurso al *exotismo* al componer una ficción que no solo habría de ser leída en el extranjero, sino en el propio Perú, nos trae a la memoria la actitud hacia la propia realidad hispanoamericana que caracterizó la literatura y las artes inmediatamente posteriores a la independencia. Esta estaría condicionada por la separación entre un ámbito sociocultural elitista y una realidad popular observada “con ojos de viajero”, y por la mediación de unas interpretaciones literarias, profundamente asimiladas, de prestigioso origen europeo (Rojas Mix, 1999, p. 62).

De todas maneras, en el caso de *Abril rojo* conviene sentar la premisa de que no se trataría de un simple retorno o prolongación de las pautas decimonónicas, regidas por la utopía de la modernidad. Por volver a la caracterización de Quiroz, la *distopía* presente en la novela de Roncagliolo se correspondería no con la defensa de un *statu quo* fracasado en su aplicación a los Andes, sino más bien con la “desconfianza o desesperanza frente al futuro por la aguda crisis del presente” (2009, p. 1). Es decir, algo que el propio crítico asocia con el discurso no moderno sino posmoderno. Si, como sintetiza Lyotard (1998, p. 10), lo esencial de aquello que ha dado en llamarse “posmodernidad” reside en “la incredulidad con respecto a los metarrelatos” que a lo largo de la historia perseguían la justificación de diversos discursos omnicomprendivos de la realidad, el pesimismo final de *Abril rojo* presencia el triunfo del escepticismo: el fiscal Chacaltana, que se ha distinguido por su fe profunda en el sistema al que servía, acaba comprobando la profunda identidad de este con los “bárbaros” y atrasados discursos (indígena, cristiano o marxista) en que ha estado buscando la clave de los crímenes cometidos. Nos hallamos ante una consagración, por vía negativa, de la multiculturalidad.

En un principio, algo que caracteriza la narración policial cuyas hechuras adopta *Abril rojo* es la búsqueda de una verdad; sin embargo, el acceso a esta acaba resultando irrelevante en la novela. Aunque se cumple la finalidad más elemental de la ficción policiaca —revelar al final la identidad del asesino—, el móvil de los crímenes puede antojarse un tanto difuso (¿es miedo, locura, justicia?), y asimismo resulta evidente que su eliminación por

parte de Chacaltana no cambia el escenario de muerte y corrupción que domina Ayacucho. Este rasgo de crítica social vincula a *Abril rojo* con una variante del género policial tan pesimista y escéptica como el *noir*, pero también al pesimismo existencial que distinguió al *boom* de la novela hispanoamericana, y que podríamos asimismo ligar a la noción de posmodernismo. Las cuidadas estructuras novelescas de los grandes narradores de los años 60, armónicas o caóticas, respondían al mismo estímulo de la percepción de un mundo poliédrico e inabarcable:

... la nueva novela tiende a polarizarse en torno a dos extremos. En uno, el escritor dota a su obra de una estructura muy visible que funciona como una consciente respuesta artística a la desintegración caótica de la realidad ... Al otro extremo se colocan aquellos novelistas que deliberadamente ocultan el diseño —siempre existente— de sus novelas, de modo que el fragmentarismo y la ambigüedad que resultan parezcan reflejar directamente la desintegración a la que nos hemos referido. (Shaw, p. 242)

Abril rojo encerraría, pues, una relativización del discurso de la civilización, antes que una crítica de esta. De hecho, el mismo Santiago Roncagliolo se muestra en otros escritos imbuido de los valores de la posmodernidad: por ejemplo, en su libro *La cuarta espada*, reportaje sobre la vida de Abimael Guzmán publicado poco después de *Abril rojo*, un narrador muy próximo al autor real se confiesa varias veces desorientado para conocer —o entender— episodios de su investigación: “me pregunto si es posible escribir sobre todo esto sin tomar posición, si existe una verdad independientemente de su narrador. No llego a ninguna conclusión al respecto” (2008, p. 221). Igualmente, su escepticismo frente a cualquier percepción de la realidad que simplemente pretenda proponerse como “verdad”:

[los terroristas con los que conversa en prisión] me daban la misma impresión que a menudo me producen mis amigos curas: personas que necesitan en su vida un sentido trascendental. Gente que abraza un discurso por el cual vivir —o por el cual morir— y, por tanto, una norma de acción clara y rígida, sin lugar a dudas, fisuras ni matices. En suma, una verdad. *Yo pertenezco a un mundo en que eso ya no existe.* (p. 226; la cursiva es mía)

2. El espacio geográfico en *Abril rojo*

En otro artículo (Prendes Guardiola, 2010, pp. 230-231) hemos llamado ya la atención sobre la dialéctica de contraste establecida en la novela de Santiago Roncagliolo entre la Lima costeña y capitalina y la Ayacucho serrana y provinciana. Estas dicotomías, ampliamente explotadas en el discurso revolucionario peruano del siglo XX, fueron ya ampliamente discutidas en la Hispanoamérica independiente, desde sus inicios, como una cuestión clave para su futuro. Postura notablemente arraigada entre las elites políticas e intelectuales era la necesidad de imponer una cultura europeizante y urbana sobre una naturaleza hostil. Podrían mencionarse como los medios más importantes para ello la colonización de regiones “desiertas” que desplazara a la población autóctona, la aculturación de esta, la difusión de las instituciones republicanas o de la educación reglada, la mejora de sus comunicaciones con la capital del país o la explotación de los recursos naturales en beneficio de la sociedad capitalista.

En el transcurso de dos siglos no ha dejado de existir una obvia distancia cultural y social entre ambas regiones del Perú, que, hoy como ayer, sigue funcionando como un reclamo para el consumo artístico y para la percepción común de lo que fue la actuación de Sendero Luminoso en los Andes peruanos (Cox, 2001). La lejanía es lo que define en la novela el tratamiento literario de Lima. La distancia entre esta y Ayacucho no solo es la que separa la civilización occidental y una cultura antigua superviviente, sino la que justifica la indiferencia del poder capitalino ante los problemas de las provincias serranas, y asimismo permite “la impunidad de quienes ‘defienden’ la ley mediante la mentira, la amenaza, el crimen o el fraude electoral” (Prendes Guardiola, 2010, p. 230). Que el mal no reciba castigo en Ayacucho debe entenderse en el sentido de que, desde Lima, encontrarse en la ciudad serrana es por sí mismo una condena. En *Abril rojo*, el doctor Posadas, al saber que Chacaltana ha sido trasladado de Lima y Ayacucho, aventura: “Debe haberse portado mal” (Roncagliolo, 2006, p. 22).

Esta consideración de la ciudad andina, corroborada por la realidad,¹ está en directa relación con dos de los *leit-motive* principales de la narración. En primer lugar, la noción teológica cristiana del *infierno*, tradicionalmente representado como un *lugar* en

¹ Roncagliolo recoge en *La cuarta espada* (2008) el siguiente testimonio del militar y político Ollanta Humala, futuro presidente del país: “ahí debían haber ido los mejores soldados para resolver el problema. Pero, en cambio, era destino de castigo. El comando enviaba precisamente a los más irresponsables y peligrosos, o a aquellos con quienes tenían algún problema personal” (p. 111).

el que se sufren eternos tormentos en pago del mal cometido en vida, y a la que se alude constantemente a lo largo de la novela. En segundo, el concepto de *infierno* en su acepción precristiana de *inferos*, esto es, el Hades de los griegos o el Janaq Pacha andino, entendido simplemente como el “mundo de los muertos”, en el que todos prolongan su existencia de ultratumba con los mismos afanes que les preocuparon en vida. En esta segunda acepción hay también una notable insistencia a lo largo de la novela: desde su misma etimología quechua, Ayacucho es un “rincón de los muertos”, cuyos habitantes no son conscientes de la realidad de su situación. Las tradiciones y rituales sangrientos conservados en los Andes como los combates en la fiesta de la fertilidad, o el Turupukllay (Roncagliolo, 2006, p. 46-47); la misma placidez cotidiana de Ayacucho que se refleja, sin embargo, en las fechas de Cuaresma y Semana Santa, en parte evocadoras de penitencia, dolor y muerte; las mismas apreciaciones subjetivas del protagonista a medida que avanza la novela insisten en que la oposición entre esta ciudad y Lima no es otra que la que existe entre la muerte y la vida, el cielo y el infierno, y por tanto no hay posible comunicación entre ambas.

Fuera de esas alusiones a la lejanía de la capital de la república, no hay más referencias concretas a esta que las evocaciones del propio protagonista —“sus buses vomitando humo y sus carteristas ... las casas sin agua de El Agustino” (2006, p. 32)—, no precisamente embellecedoras, aunque también marcadas por la experiencia de un matrimonio fracasado. Su remembranza surge al estímulo de la conversación con Edith, que sí idealiza Lima como un lugar preferible a su ciudad natal, lo cual contrasta amargamente con la propia experiencia del fiscal y hace más trágico el fin de la joven que no logra salir de ese “rincón de los muertos” al que pertenece.

Chacaltana, el único y débil defensor de la “civilización” dentro de la novela, solo encuentra en los espacios asociados a la intimidad de su trabajo o de su vida familiar un reducto para sus ilusiones de orden. Y ni siquiera allí la muerte deja de hacerse notar: la presencia ilusoria de su madre muerta en la vivienda que reproduce aquella donde murieron sus padres, o la oficina donde el concienzudo fiscal tan pronto se ufana en los que ingenuamente considera avances del “progreso” en la ciudad (p. 77) como redacta informes sobre los horribles crímenes.

3. El héroe de *Abril rojo*

El personaje más complejo de *Abril rojo*, a través de cuya perspectiva percibimos toda la narración salvo la transcripción de los escritos del asesino, es el fiscal distrital adjunto

Félix Chacaltana Saldívar, un héroe de policial atípico hasta la caricatura. Igualmente podríamos, desde su primera aparición, apreciar en él una deformación de cierto tipo de protagonista de la novela regionalista en la que se confrontaban los ámbitos y caracteres de la civilización y la barbarie. Chacaltana se nos presenta como un “civilizado” recién llegado a una tierra “salvaje” que, sin embargo, no le resultaría completamente extraña, puesto que es también su tierra natal. Sin embargo, esta condición mediadora entre los dos espacios no convierte a Chacaltana en un personaje más completo, símbolo integrador de una patria escindida, sino que más bien lo define como una víctima del desarraigo y la desubicación, incapaz de actuar ante la autoridad limeña o la local, como tampoco ante sus los habitantes de la sierra.

Por lo demás, Chacaltana es un personaje sin mayores cualidades. Si algo determina su personalidad rutinaria y le salva de presentarse completamente como un “hombre sin atributos”, que “no había hecho nada malo, no había hecho nada bueno” (p. 22), es la absoluta identificación con su trabajo. No es de extrañar que su nombre aparezca asiduamente acompañado de su cargo de fiscal distrital adjunto, a modo de rasgo esencial de su carácter que parodia el epíteto de los héroes homéricos. La única ambición de Chacaltana es sentirse orgulloso de su labor, y este celo profesional es lo único que sirve de contrapeso a su cobardía y complejo de inferioridad. Así como se refugia de sus problemas en el hogar y en el recuerdo, venerado hasta la necrofilia de la madre muerta también lo hace en la perfección de su trabajo, en el que prima el cumplimiento de la ley escrita sobre un verdadero sentido moral de justicia.

La ingenuidad de este fiscal, escandalizado ante las irregularidades de sus superiores en la aplicación de la ley, pero al mismo tiempo obsesivamente aferrado a unos procedimientos legales de patente ineficacia, resulta una de las mayores inconsistencias del personaje. En opinión de Wendorff y Morley (2013, p. 31), esta candidez no significa más que una ceguera ante los aspectos negativos de las instituciones peruanas que a menudo “exasperates the reader and other characters of *Abril rojo* with his naïveté”.

Lo más exasperante o incoherente reside, más que en su fidelidad a una determinada pauta de comportamiento, en su sorpresa ante quienes recurren a la corrupción o la represión al margen de la ley para imponer el orden. Porque se supone que Chacaltana, aunque sea nuevo en Ayacucho, no lo es en los entresijos de la administración. Más que implicar esto una nueva idealización de Lima como un lugar donde la corrupción de las autoridades no existe, habría que reconocer aquí de qué manera esta puede pasar inadvertida incluso

a quienes forman parte del mismo sistema. Posiblemente el autor evita demorarse en este aspecto para acentuar la caracterización plana y funcional de su personaje, aunque también podría tratarse de un signo implícito de su cada vez más manifiesta anormalidad psicológica.

4. El héroe ante el poder

La convicción por parte de Chacaltana de estar cumpliendo una labor importante para su comunidad procede, precisamente, de su directo servicio a una de las instituciones que conforman el poder del Estado, erigido por la modernidad como principal garante de la justicia y el progreso. De hecho, nos encontraremos ante una paradoja no infrecuente en el *noir*: un aislado representante del poder que, por defender los principios que justifican la existencia de este, debe enfrentarse a una mayoría de homólogos que manipulan esos mismos principios en beneficio propio.

Vich (2009, p. 255) resalta la importancia de los personajes que en la novela representan el poder, tal vez estereotipados pero que revelan “el accionar de determinadas instituciones nacionales durante el conflicto armado interno”, lo cual es parte de la confrontación del protagonista con “los límites de su propio acercamiento al país” (p. 250). Chacaltana se mide con el poder, y sin embargo es curioso comprobar cómo en la evolución de su carácter (tan injustificada en ocasiones, como le reprocha Iván Thays), que acompaña su proceso de “habilitación” como héroe, poco a poco va asimilando no pocas de sus actitudes arbitrarias y violentas. Así, el fiscal adjunto vomita al examinar el primer cadáver carbonizado o se muestra inseguro en sus primeros careos con colaboradores o sospechosos; sin embargo, va aprendiendo a beneficiarse de las ventajas que le proporciona su pertenencia a los círculos de la autoridad: recurrirá a la mentira como irregularidad procedimental, y acabará inevitablemente ejerciendo la violencia, primero para defenderse, pero luego sobre Edith, sujeto ante quien no puede menos que sentirse poderoso. En *La cuarta espada*, Roncagliolo asevera, como experiencia comprobada por la guerra en los Andes, que la lucha cuerpo a cuerpo (que en este caso concreto podríamos perfectamente asimilar la violencia sexual) “cruza el umbral de la resistencia psicológica al salvajismo. Después de eso, [se] está dispuesto a cualquier cosa” (2008, p. 102).

Chacaltana debe convertirse en “bárbaro” para triunfar en el espacio de la barbarie: sus informes y sus códigos no pueden dar resultado en Ayacucho. No es casual, dentro de ese “camino de imperfección”, que el fiscal, inicialmente despreciado por sus superiores y

muy especialmente por el comandante, acabe siendo tenido en mayor consideración, como un individuo del que recelar.

Por otra parte, la verificación de la modernidad por parte del Estado liberal resulta en gran medida ambigua, en cuanto que este coexistió y colaboró en muchos casos con otras formas de organización existentes desde épocas más antiguas, como sería el caso de los grandes propietarios rurales (ausentes en el panorama de *Abril rojo*) y de la Iglesia católica. Recordemos aquí cómo, dentro del discurso decimonónico, la barbarie que se alzaba frente a la modernidad de la burguesía capitalina no era simplemente la representada por el indígena sumiso o rebelde, sino de manera más acuciante la pervivencia del antiguo orden virreinal, que habría permeado de manera decisiva las costumbres y creencias de la población.

En las páginas de la novela parece pervivir, más o menos actualizada, aquella “trinidad embrutecedora del indio”, formada por autoridades civiles y religiosas, denunciada en 1888 por Manuel González Prada en su “Discurso en el Politeama”. En este caso, encarnada en un poder judicial y un poder religioso sometidos a un omnímodo poder militar. Es llamativa la permanencia del estereotipo cultural: no aparece ningún otro tipo de fuerza, oficial o no, con cierto protagonismo. No hay mención alguna a las rondas campesinas que se enfrentaron a Sendero, por ejemplo, ni tampoco aparece ningún tipo de oposición política o social, legal o ilegal, al corrupto aparato del fujimorismo, por más que, muy ocasionalmente, aparezca también como parte de las potenciales amenazas al sistema: Carrión reacciona a las dudas de Chacaltana sobre la erradicación de Sendero Luminoso con un acusatorio “¿No será aprista o comunista, no?” (p. 46).

De hecho, la amenaza latente de la organización es sobre todo la gran justificación para que el ejército imponga su autoridad mediante el miedo, el silencio y el crimen, en contradicción con su propio discurso de que Sendero ha sido derrotado. La estrecha alianza entre los tres poderes, manifestada de diferentes maneras como en el desfile de las fuerzas armadas en Cuaresma “a pedido del Arzobispado” (p. 39), se justificaría también por otro tipo de interés, el de no rendir cuentas en el futuro por sus crímenes. No podemos olvidar que la novela está ambientada en torno a las fraudulentas elecciones de abril del 2000, que marcaron el principio de la descomposición del régimen fujimorista, y escrita teniendo muy presente el Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación publicado pocos años más tarde.

La dictadura declina, y en el caso del poder militar, el enloquecido comandante Carrión se enfrenta no solo a cualquier posible ajuste de cuentas por parte de los muertos

o de los vivos, sino a una existencia en la que su función de garante del orden por medio de la violencia deja de tener sentido. Su prometido destino de retiro en el norte del país (p. 245) representa un cambio de “vida” que no puede disfrutar un personaje que, como él, ya pertenece al mundo de los muertos. En *La cuarta espada*, Santiago Roncagliolo (2008, pp. 210-211) dedica unas páginas a los reservistas licenciados del Ejército tras el descenso de la violencia senderista: soldados que han perdido su función pero que, sin embargo, “no saben vivir de otra manera”, y organizan su vida civil bajo una disciplina militar mientras se postulan para seguir combatiendo contra los últimos grupos de Sendero Luminoso.

Semejante carencia de futuro, en realidad, se extiende ante todo el universo de *Abril rojo*, marcado por el pesimismo. En lo que se refiere a las instituciones gubernamentales, el patente obstáculo se encuentra en que no cumplen las funciones para las que se supone que están previstas, lo que nos sitúa ante la disyuntiva de si se trata de anomalías que pueden ser corregidas, o bien si son inherentes al sistema. Estos bárbaros, que presuntamente encarnan la civilización mientras se limitan a mantener un orden tradicional, pueden modernizarse hacia una utopía moderna y occidentalista de progreso técnico y educación, o bien claudicar en favor de una visión andinista que se oponga a la preponderancia cultural y política de Lima y de la costa. Dicho de otra manera: ¿la modernidad está aún por llegar al Ande en la visión de *Abril rojo*, o la situación que esta refleja representa más bien el fracaso de la modernidad (Quiroz, 2009, p. 1)?

Sin embargo, *Abril rojo* tampoco entra en las motivaciones del conflicto. Denuncia la crueldad y el abuso de poder, y mientras que un personaje como el presidiario senderista “camarada Alonso” defiende parcialmente sus puntos de vista, militares y funcionarios ejercen como guardianes del orden, pero sin justificar en ningún momento las bondades de este.

5. El indio

El “bárbaro” nativo del mundo andino, el campesino indígena, teóricamente representativo de dicho ámbito, se encuentra llamativamente ausente de la acción de *Abril rojo*. Se trata de un personaje visto siempre desde fuera, un enigma para cuya interpretación el fiscal Chacaltana requiere siempre de la ayuda de una mirada que, dentro de la lógica de la novela, hay que suponer autorizada, pero siempre ajena a la comunidad y perteneciente a quienes ejercen o han ejercido sobre ellos algún tipo de dominio: el padre Quiroz sobre todo, y también el comandante Carrión y el camarada Alonso.

Vich ha destacado esa cualidad de “seres extraños” y mudos (2009, p. 251) que tienen los campesinos de la novela. Según Veres (2008), el indio en *Abril rojo* es presentado como “un ser arisco, hermético, impenetrable, distante del mundo de los blancos”. Esta virtual inexistencia del indio como sujeto u objeto del discurso en la novela, en realidad, no es más que el reflejo de la presencia-ausencia que en el imaginario colectivo de la población limeña y costeña ocupaban quienes fueron principales víctimas, durante más de una década, de la brutalidad subversiva y contrasubversiva. Manrique (2002, p. 60) denuncia en uno de sus ensayos la

... profunda insensibilidad frente a la tragedia mientras la violencia no tocó las puertas de la capital [debida a que las víctimas de Sendero Luminoso en la Sierra eran ajenos a] la otra parte de la sociedad peruana: la que crea la opinión pública, la que reflexiona sobre Sendero, elabora análisis y los consume.

El comandante Carrión se los describe a Chacaltana desechando cualquier interpretación en clave de “buen salvaje”, y añade que “no hablan nunca ... siempre evitan aparecer, se esconden” (2006, p. 44), lo cual habrá de comprobar Chacaltana en los momentos en que deba encararse con ellos. Claro que su hermetismo, antes que por razones telúricas o ancestrales, obedece claramente al miedo a una ley de la que solo conocen los abusos, y también a su desconocimiento del español como lengua comunicativa. De las creencias del campesino serrano se habla mucho en la novela, con la intención de que iluminen la investigación de los crímenes por parte de Chacaltana, pero lo cierto es que apenas proporcionan unos elementos decorativos a la narración a propósito del sincretismo cristiano-pagano y la fijación por la muerte y la violencia de la cultura andina.² En todo caso, todos esos elementos extraños al costeño transforman al entorno rural andino en un país diferente, lo cual, como señala Manrique (2002, pp. 327-328), justificaría la actitud brutal de un ejército que se siente en un territorio ajeno y hostil, y asimismo percibe al serrano como poco menos que un animal carente de expresividad humana.

² Sin contar con que se enuncia alguna creencia falsa, como la de entregarse a excesos en torno al Viernes Santo y el Domingo de Resurrección con la dostoevskiana excusa de que mientras Dios está muerto todo está permitido (p. 242). Dicha fiesta tradicional apócrifa fue inventada para el filme *Madeinusa* (2005), de la cineasta peruana Claudia Llosa (Ubilluz, 2009, p. 63).

6. Modelos de mujer

Pasemos ahora a otro grupo de víctimas. De entre los crímenes cometidos por el ejército durante la época del conflicto, narrado en *Abril rojo*, adquiere especial significación y patetismo el de la madre de los hermanos Mayta Carazo, que, sin temer a los soldados que tratan de alejarla, se presenta día tras día en el lugar donde el cuerpo de su hijo fue clandestinamente sepultado (pp. 178-179). Además de la inspiración real del episodio (Roncagliolo, 2007, p. 19), este encierra el interés de mostrar al único personaje, aunque débil, que trata de romper el impuesto régimen de silencio y olvido implantado en Ayacucho. La autoridad moral que la inmuniza tanto contra el miedo como contra la acción de los militares es la de su condición de *madre*, que la inviste de una especie de aura sagrada e intocable, que puede alcanzar gran carga significativa tanto en la ficción como en la realidad: “Nunca matarían a una madre, señor fiscal ... No lo harían ni con una orden superior. Es más fuerte que ellos. Es una ley natural. No pueden” (Roncagliolo, 2006, p. 167); “Antes de irse, los policías le dijeron: ‘Tú eres madre, todos tenemos madre. *Ruega por nosotros*, por favor, para que no nos pase nada’” (Roncagliolo, 2008, p. 111; la cursiva es nuestra).

Como esbozamos en el artículo anteriormente citado (Prendes Guardiola, p. 232), los modelos de madre y de víctima son los predominantes en la utilización del personaje femenino en *Abril rojo* y otras novelas que tratan el tema de la violencia política. Aparte de la anécdota mencionada, domina esta novela otra presencia de la maternidad sufriente, asimismo poderosa y en cierto modo sobrenatural, si bien de efectos destructores: la difunta madre de Félix Chacaltana. El fiscal rinde culto a su memoria (interesadamente parcial, pues borra su condición de víctima del maltrato doméstico) y se comporta como si aún siguiera viva comprándole regalos, disponiendo su habitación y conversando con ella.

Encontramos una oposición entre ambas madres, asociada al binomio de barbarie y civilización que estamos siguiendo. Por una parte, si la madre campesina es un aspecto más de la profanación del mundo andino por parte de los agentes de la modernidad, la madre de un agente de la “modernización” como Chacaltana se convierte en un correlato de la autoridad asfixiante de la dictadura: al igual que a sus superiores o a sus reglamentos, el fiscal necesita siempre remitirse a la superior y castradora autoridad de su madre, la cual le impide asimismo tomar conciencia de la realidad y asumir sus propias responsabilidades.

Esta imagen materna aparece como asociada al espacio del hogar, en que la mujer de la sierra posee su principal ámbito de acción. Conexiones semejantes tiene el otro personaje femenino relevante de la novela, Edith, que será víctima asimismo de la brutalidad de

representantes del Estado a manos de quienes, en diferentes momentos, perderá a sus padres y será violada, maltratada y finalmente asesinada. Sin embargo, lo que busca Chacaltana en ella es lo mismo que obtiene del “fantasma” de su madre: una pequeña parcela de intimidad al margen de la espiral de muerte y violencia en que se halla inmerso. Sin embargo, como ha señalado Vich, “Las vinculaciones de Edith con S(endero) L(uminoso) terminan por demostrarle que en el país no hay ningún lugar aséptico como él aspiraba a encontrar” (2009, p. 257).

Es a causa del descubrimiento de estas vinculaciones que el fiscal se toma su venganza, y trata a Edith de la misma manera que el Estado a todo el que identifica como enemigo. Quiroz (1999, p. 1) pone en relación el “sujeto andino” y el “sujeto femenino” en cuanto que potenciales víctimas de la “violencia epistémica” ejercida por el discurso narrativo colonialista y criollo. El sujeto masculino representa el poder del Estado, la civilización moderna avasalladora; la mujer es la América “inculta” que debe someterse pasivamente a su nuevo señor. El ultraje sexual es la manera de consumir este simbolismo, en un momento en que la literatura ha abandonado el idealismo de otros tiempos sobre la percepción de este choque de culturas, cuando “la metáfora del matrimonio se desborda(ba) en una metonimia de consolidación nacional” (Sommer, 2004, p. 35). Nos remite también al hecho de que, durante la guerra antisubversiva, las Fuerzas Armadas peruanas ejercieron el abuso sexual de una manera rutinaria (Henríquez Ayín, 2006, p. 71), ni siquiera bajo la excusa del interrogatorio.

En mi artículo de 2010 cité también el trabajo de Henríquez Ayín a propósito de la ausencia en la novela del modelo de la mujer combatiente, tanto entre las filas de Sendero como de las rondas que cooperaron con el Estado. Se juega con la presencia de ese rol femenino haciendo recaer las sospechas sobre Edith: se hace referencia (p. 236) a la relevante presencia de la mujer en los comandos guerrilleros, se sabe que los padres de la muchacha fueron senderistas y que ella mantiene contactos con la organización; además, el lector informado no podrá dejar de evocar el nombre de Edith Lagos, una de las primeras “mártires” de Sendero. Sin embargo, todo ello acaba pasando al sobreabundante catálogo de pistas falsas de la narración: las mujeres no ejercen la violencia en *Abril rojo*, sino que la padecen, y siempre a manos de la autoridad constituida y no de los “terrucos”.³ Identificadas

³ Para el machismo y el abuso sobre la mujer cometido por Sendero Luminoso, incluso dentro de sus propias filas, ver Henríquez Ayín (2006, p. 28). Asimismo, sobre el éxito obtenido por Sendero en la colaboración

con el Ande, son por ello representadas como el grupo humano más “frágil” de cuantos formarían parte de la barbarie.

7. El terrorista

Cerramos nuestro estudio sobre *Abril rojo* con una mirada a la posición que ocupan en su universo ficticio los militantes de Sendero Luminoso. Situada la acción de la novela en el año 2000, al final de una década en que la actividad de la agrupación maoísta había decaído notablemente, el recuerdo de su actividad tiene mayor importancia que la verificación de algún golpe aislado. Esto establece una relación extrañamente simbiótica con el poder militarizado que domina en Ayacucho: por una parte, el ejército presume de haber logrado el exterminio de Sendero; por otra, como se ha dicho anteriormente, es la amenaza subversiva la que justifica su permanente control sobre el poder civil... Y, sin embargo, la simple mención de esa amenaza produce miedo. Basta para que ocurra una muerte de excepcional crueldad para que el primer responsable en que se piense sean “los terrucos” (p. 34).

La tensión e intriga de la novela, además, se incrementa gracias a la conciencia de que, aunque reducido y oculto, el temible Partido aún permanece activo, aunque “jodiendo” más que “operando” (p. 98). Las reminiscencias del pasado no se limitan a los recuerdos, sino que se manifiestan en la repetición de episodios como los apagones (p. 24), las consignas amenazantes en forma de cadáveres de perros (p. 96) o cerros en llamas (pp. 106-107).

La idea fija que guía las pesquisas de Chacaltana es la mentalidad “religiosa” del asesino, siguiendo la particular simbología que caracteriza su *modus operandi*. Igual que hace expresamente en *La cuarta espada*, Roncagliolo persigue identificar la violencia senderista y la violencia en general (el criminal resulta finalmente no ser senderista) con las creencias religiosas o seudoreligiosas. En esa dirección apuntan las tres focalizaciones presentes en la novela: la del personaje Chacaltana, la del asesino en sus escritos y la del propio autor en las citas paratextuales que introducen la novela: una de Efraín Morote apelando a un socorrido pasaje del evangelio según San Mateo (el de la expulsión de los mercaderes del Templo); otra del propio Abimael Guzmán apelando a la “fe” de los militantes, y una última del general Moltke (el gran organizador del ejército prusiano en el siglo XIX) que exalta la guerra

femenina, ver Mavila León (1992).

como un acto “santo” y “divino”. No podemos en este punto desdeñar la importancia que la iconografía religiosa suele tener para muchos *thrillers* contemporáneos, y que sin duda Roncagliolo explota con habilidad, aunque también es cierto que esta tendencia responde dócilmente a ciertos cánones de pensamiento posmodernos: según Ubilluz, Hibbett y Vich en la introducción a su libro conjunto (2009, p. 15), los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York habrían marcado decisivamente el mercado del *best-seller* internacional, acomodándose a una línea de pensamiento dominante:

Que SL es una organización cuasi-religiosa compuesta exclusivamente por fanáticos y resentidos es un argumento cuyo poder persuasivo radica menos en su sofisticación que en su congruencia con un sentido común hegemónico que estigmatiza de patológico todo lo que irrumpe con violencia desde fuera de su dominio social. (p. 11)

Sin embargo, no sería posible reducir a categorías religiosas el discurso senderista. Por una parte, no existió relación alguna entre la cosmovisión indígena andina y la ideología marxista-leninista-maoísta que guió al Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso. Por otra parte, la apelación a “dogmas” (o, simplemente, convicciones) no es privativa del ámbito de la religión. Como revela Manrique,

SL elimina las discrepancias internas (que pueden ser fatales en tiempo de guerra) apelando a la *ortodoxia*, “la invocación a la fidelidad a los principios revolucionarios científicos establecidos” ... El conocimiento científico es único: frente a su enunciación todos los demás postulados son errados, incorrectos. (2002, p. 232)

Quienes consideran a Sendero una organización premoderna debieran reparar en que este postulado es profundamente moderno. Mejor aún: ortodoxamente moderno. (p. 262)

Roncagliolo recae con frecuencia en esta interpretación en las páginas de *La cuarta espada*, por más que, como hemos señalado antes, los grandes coautores de la violencia en los Andes, los miembros de las fuerzas armadas, carecen de esa justificación ideológica que anima la lucha del senderista. Dicho de otra manera: dentro de la ficción, los militares no

creen en nada, y no parece que eso influya en su manera de conducirse en la guerra. Tampoco deja de ser sorprendente que, después de dar vueltas a todo tipo de creencias cristianas, indígenas y sincréticas (más para interpretar el significado de los crímenes que para entender su motivo, y menos aún prevenirlos), el único personaje senderista con el que se encuentra Chacaltana resulta ser el camarada Alonso, un racionalista presidiario que menosprecia y apabulla al vacilante fiscal. Probablemente sea un trasunto de la actitud del propio Abimael Guzmán, riguroso intelectual que, según testimonio recogido por Roncagliolo (2008, p. 167), “es un profesor, le gusta sentirse profesor. Para muchos interrogatorios, usamos a dos subtenientes. Como eran jóvenes, Guzmán se sentía como si estuviese dictando cátedra y hablaba con soltura”. A la hora de la verdad, por tanto, Chacaltana no se encuentra frente a un “bárbaro” que intelectualmente resida en “fases” remotas y ya superadas por la evolución de la cultura humana, sino ante un representante más del científico y racional pensamiento de la modernidad, profanador de un Ande indefenso y agonizante.

8. Conclusión

Abril rojo supuso un doble hito dentro de la novela peruana del siglo XXI. Por una parte, en la incorporación a la novela policial de los cánones más internacionales del *noir*; por otra, en la ficcionalización del conflicto armado entre la República del Perú y Sendero Luminoso. Si, en la primera dimensión mencionada, son bien identificables los patrones del *thriller* cinematográfico norteamericano, en la segunda los criterios de interpretación de una realidad andina, indudablemente bien documentada, no dejan de pasar también por un modelo externo que, en este caso, excede el mero discurso artístico. La circunstancia histórica y social de la sierra del Perú experimenta en la novela de Santiago Roncagliolo una exotización que reincide en el imaginario de los periodos de fundación nacional, revitalizando o actualizando estereotipos organizados de acuerdo con una dualidad ciudad/campo o modernidad/tradición. Lejos, sin embargo, del maniqueísmo original de esta visión, el discurso narrativo de *Abril rojo* se revela, en la configuración de espacios y las relaciones entre los personajes, profundamente escéptico también con el ámbito de la civilización. Si, en otros tiempos, la esperanza se hubiera ubicado en la erradicación de un pasado opresivo para acoger una modernidad liberadora, la posmodernidad desconfía también de la violencia y corrupción sofisticadas del Estado, que pervierten el ideal de orden liberal y democrático y se manifiestan incapaces no solo de vencer un atraso intrínseco al propio universo andino, sino de acceder a ningún tipo de armonía integradora para esa dualidad.

Referencias

- Cox, M. R. (2001, julio). El Perú: su narrativa y la violencia política desde 1980. *Ciberayllu*.
https://andes.missouri.edu/andes/breviario/mrc_antologiaviolencia.html
- Faverón Patriau, G. (2007). La otra guerra del fin del mundo. La narrativa peruana y los años de la violencia política. *Quimera*, (281), 66-73.
- Henríquez Ayín, N. Z. (2006). *Cuestiones de género y poder en el conflicto armado en el Perú*. CONCYTEC.
- Lyotard, J.-F. (1998). *La condición postmoderna* (6.^a ed., M. Antolín Rato, Trad.). Cátedra.
- Manrique, N. (2002). *El tiempo del miedo, la violencia política en el Perú 1980-1996*. Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Mavila León, R. (1992). Presente y futuro de las mujeres de la guerra. *Quehacer*, (79), 44-49.
- Prendes Guardiola, M. (2010). Constantes temáticas en tres novelas peruanas sobre la época del terrorismo. *Romance Notes*, 50(2), 229-239.
- Quiroz, V. (2009). Elementos para una sistematización de las novelas peruanas sobre el conflicto armado interno. *El hablador*, (16). http://www.elhablador.com/est16_quiroz1.html#uno
- Rojas Mix, M. (1999). La cultura hispanoamericana del siglo XIX. En L. Í. Madrigal (Ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana II. Del Neoclasicismo al Modernismo* (pp. 55-74). Cátedra.
- Roncagliolo, S. (2006). *Abril rojo*. Alfaguara.
- Roncagliolo, S. y Carlín, E. (2007, 15 de octubre). Sendero personal. *Varietades*, 18-19.
- Roncagliolo, S. (2008). *La cuarta espada. La historia de Abimael Guzmán y Sendero Luminoso*. Debate.
- Shaw, D. L. (1999). *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom. Posboom. Posmodernismo* (6.^a ed.). Cátedra.
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Thays, I. (2019, 6 de setiembre). *Ayacucho thriller*. Sin plumas. <http://sinplumas.blogspot.com/2006/06/abril-rojo-santiago-roncagliolo.html>

- Ubilluz, J. C. (2009). El fantasma de la nación cercada. En J. C. Ubilluz, A. Hibbett y V. Vich (Eds.), *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política* (pp. 19-85). Instituto de Estudios Peruanos.
- Veres, L. (2008). Mito, religiosidad, milenarismo y terrorismo en *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo. *Espéculo*, (37), <http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/abrilro.html>
- Vich, V. (2009). La novela de la violencia ante las demandas del mercado: la transmutación religiosa de lo político en *Abril rojo*. En J. C. Ubilluz, A. Hibbett y V. Vich (Eds.), *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política* (pp. 247-260). Instituto de Estudios Peruanos.
- Wendorff, L. & Morley, J. T. (2013). The Reds and the Real in Santiago Roncagliolo's *Abril rojo*. *L'Érudit Franco-Espagnol*, 3(1), 29-38. https://www.lef-e.org/yahoo_site_admin/assets/docs/Wendorff_and_Morley_June_2013.348142627.pdf